

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 12 de Noviembre de 1880.

MARINA.

La construccion en este arsenal de uno de los cruceros con que se piensa aumentar nuestra Marina de guerra, puede decirse es ya un hecho; segun nuestras noticias asi, lo tiene acordado el Gobierno. Mucho lo celebramos, y de desear es que se activen los estudios que han de facilitar los planos, á los cuales debe sujetarse obra tan importante; pero se nos ocurre la siguiente pregunta, que encierra para nosotros un verdadero problema: ¿será el crucero de que se trata de mayor longitud que la fragata *Aragon*? porque en este caso no sabemos en que grada habrá de construirse. La más grande con que se cuenta es la que ha servido para la indicada fragata; y aun para esta, ya hemos visto que fué insuficiente, por lo cual hubo necesidad de cerrar á las aguas la entrada del varadero y prolongar la grada casi hasta la misma orilla del muelle de la dársena, muy cerca de la cual descansaba la proa de aquel hermoso buque.

Cuando se hicieron nuestros arsenales, los más grandes bajeles que entonces se lanzaban á los mares apenas si llegaban á doscientos veinte piés de quilla. D. Jorge Juan, ni Gantier, ni Muller, ni Briant, llegaron á pensar que sobre el mórbido elemento, habian de balancearse, un siglo despues, otros de doble, y aun de mayor longitud, para cuyos calados son ya harto escasos los fondos de algunos de nuestros puertos; y que hay arsenal, como el de la Carraca donde se hace dificultosa su entrada.

Acaso esta falta de prevision. en ninguno otro se ha hecho sentir tanto como en el de este Departamento; pues que agrupadas las grandes edificaciones de sus depósitos y talleres en derredor de la dársena, solo se dejó el espacio estrictamente indispensable para las dos gradas que existen delante de astilleros, que ni aun por entonces sirvieron más que para navios de ochenta cañones; y á esta medida parece se ajustaron tambien sus diques en firme. El navio *Santísima Trinidad*, de ciento veinte cañones, el *nomplus* de los navios de aquellos tiempos, no pudo entrar aquí en carena por ser pequeño para él el dique grande; y la fragata *Perla* en su descenso de una de las gradas de Marruecos vió arrollados sus aforros al desembocar en la dársena por el estrecho paso abierto por aquella parte. Esto demuestra que así los diques como los varaderos se hicieron para límites inalterables,

los cuales, como se ha visto, no permitian ni añadir un pié de quilla, ni á la manga una pulgada más. En cambio lo que no se obtenia de base se adelantaba en puntal.

Hoy en las grandes dimensiones de nuestros buques de guerra, lo que antes pudo parecer pequeño por la falta de un par de codos más de estension, hoy resulta de todo punto insuficiente, aun añadiéndole algunos más; y volvemos aquí á repetir que no sabemos donde haya de sentarse la quilla del futuro crucero.

Dos sitios hay en el Arsenal, que á nuestro modo de ver pudieran utilizarse para el efecto; el uno es rellenar de macizo el dique grande, pues que para nada sirve, y levantar sobre el una nueva grada; el otro el espacioso sitio donde están los varaderos de Marruecos, ensanchando lo necesario la abertura de salida á la dársena. Este último nos parece el mejor por la mayor estension que podría dársele á la grada; pero esto son planes para estudiarse largamente; lo que conviene por de pronto es ocurrir á la necesidad presente. Se trata de construir un crucero de grandes dimensiones y que no hay grada suficiente para sustentarlo. ¿Se pretenderá acaso hacerlo en el ya histórico varadero de Santa Rosalia? Magnífica sería la idea ¿donde mejor? pero ¿donde estan las basadas y las máquinas de traccion? ¡Ah! muchos años que se están esperando; y sin embargo ni llegan, ni se han mandado hacer; y mientras tanto el varadero, esa obra grandiosa de nuestra época, llevada á cabo á costa de inmensos sacrificios, honor del inteligente ingeniero Sr. Baldasano, y que marca indudablemente un pensamiento atrevido en el progreso de nuestra Marina de Guerra, como lo es tambien el dique flotante, solo sirve para espectáculo de curiosos y admiracion de la ciencia.

Pero aun suponiendo que esas máquinas viniesen, ¿está ya suficientemente resuelta la posibilidad de que los buques pasen ó resbalen, fácilmente y sin riesgo, del dique flotante al varadero, y viceversa? ¿La hay de que los de nueva construccion bajen sin peligro al agua? Esto es lo que falta saber en la esfera de la práctica.

Pronto la esperiencia nos sacará de estas dudas. Esperemos al descenso del cañonero *Pilar*.

De todos modos, deseáramos que el Sr. Ministro de Marina fijase su atencion en todo cuanto acabamos de exponer, llevados de las mejores intenciones en pró de los intereses del Estado. Como amantes de ellos, y decididos partidarios del fomento de nuestro poder marítimo, y en el cual tanto libra Cartagena, no podemos por menos, de enviarle nuestros plácemes por sus favorables dis-

posiciones en favor del ramo puesto á su cargo, procurando aumentar los elementos que constituyen su ser; y escitarle á seguir con fé y generoso empeño el camino emprendido, que es el que ha de conducir á mantener el respeto de nuestro nombre en todos los mares del mundo, y por consiguiente á nuestra propia honra.

ECOS DE MADRID.

11 de Noviembre de 1880.

Es horrible tener la muerte al lado y no verla.

La otra noche, un comerciante muy acreditado, rico y feliz hasta donde la sociedad permite serlo al individuo, se sintió con deseos de ir á oír una ópera en el Teatro Real.

Acababa de comer bien, no tenía tristes recuerdos de la Bolsa, sus negocios marchaban á las mil maravillas. Hay algo más natural que querer oír música en esta situación?

Se acicaló, buscó una peseta y dos perros chicos en su porta monedas para pagar la carrera del coche que pensaba tomar y se dijo:

—Ea... vamos al Real á oír *Roberto el diablo*.

Una sombra que le seguia debió sonreír en aquel momento.

—¡Ojalá que me sacaran del teatro y el dilettanti á un coche.

—Al Real! dijo al cochero.

—Está bien señorito.

El carruaje se detuvo delante de la puerta del teatro, pero el viajero no bajó. Había terminado su viage.

El antemedante se apeó, le llamó y al ver que no respondia dió parte de lo que pasaba á una pareja.

—Será un accidente, vamos con él á la casa de socorro.

Al llegar dijeron los médicos que había muerto.

¿Pues y el otro viajero que regresaba de la Habana, rico tambien y soñando sin duda en resarcirse de las privaciones sufridas allende el mar?

Se dirigia á Madrid desde Santander y no pasó de Valladolid.

Allí al subir otro viajero al wagon le halló inanimado; dió parte y la ciencia declaró que era un cadáver. Trabajo perdido, esperanzas disipadas... ah! pero no faltan nunca sobrinos á los que vuelven ricos de América.

¿Y el respetable alcalde 1.º de Valladolid? La semana ha sido funesta. Llegó á la corte á gestionar asuntos que interesaban á su provincia y un derrame seroso puso término á su vida en pocos minutos.

El profesor norte-americano que ha anunciado siete años terribles empieza á salirse con la suya, decia

ayer una dama elegante consternada

—Y que es lo que anuncia ese sábio? le preguntó una amiga.

—Que Asia quedará despoblada.

—¡Hola!

—Que América perderá quince millones de habitantes.

—Eso es espantoso.

—Y Europa...

—Que le pasará á Europa?

—Que se trasformará en un desierto.

—Que horror!... Vamos, vistete pronto es la una y ya habrá comenzado la gran parada... Ah! por la noche iremos al Real á oír el *Fausto*... Son tan tristes las noticias que me has dado, que es preciso buscar alguna distraccion para olvidarlas.

Una noticia de Ultramar ha llenado de duelo á una distinguida familia de Madrid.

La realidad supera á la invencion y ocurren cosas que no se creerian sino se vieran.

La noticia á que aludo es una prueba fehaciente.

Un jóven militar de brillante carrera, asista con otro jóven, funcionario de la administracion á un amigo de entre ambos gravemente enfermo.

Habian pasado juntos largas noches de vigilia y al perder á su amigo, un mismo sentimiento estrechó el lazo afectuoso que los unia.

Poco despues de espirar el amigo comun, pensó el funcionario que debian amortajarle cumpliendo con esto un deber de caridad.

—No, dijo el militar... llamaremos á los criados para que le amortajen.

De ningun modo... nosotros que fuimos sus amigos, hemos de darle esta última prueba de nuestro cariño.

Discurrieron sobre este tema al lado del lecho mortuorio y el funcionario dijo al final.

—Por lo visto tiene V. miedo de los muertos.

Esta insinuacion irritó de tal modo al jóven militar, que no pudiendo contenerse, contestó á ella con un bofetón.

Separados los combatientes, con certaron despues un duelo y diez horas despues caía el jóven militar en el campo del honor atravesado por una bala.

Los padres de este desgraciado jóven, que residen en Madrid, están inconsolables.

Motivo es este para no consolarse jamás.

La revista militar ha sido brillante. Los soldados españoles son apuestos, marciales...

—Y muy picaros! exclamaba una cocinera al oír á sus amos hacer el elogio de la tropa.